



Exmo. e Ilmo. Sr. D. Pedro Muguruza Otaño

25 MAYO 1893

3 FEBRERO 1952

R. I. P.

No pretenden estas breves líneas, solicitadas con premura por la REVISTA NACIONAL DE ARQUITECTURA y escritas con emoción aun no extinguida, comentar la vida del ejemplar arquitecto que acabamos de perder. Para fijar y analizar la obra de Pedro Muguruza haría falta un buen libro que debiera escribirse, considerándolo en tres aspectos: como artista genial, dotado de excepcionales condiciones naturales de dibujante y pintor; como arquitecto creador original, dentro del dogma clásico y buen conocedor de su técnica; como profesional organizador, al servicio generoso de la colectividad; cualidades y actividades que, relacionándose entre sí, integran una gran figura de la vida española de nuestro tiempo. En tanto llega ese estudio, necesario para la historia de la arquitectura contemporánea, lo que sigue significa solamente un sentido homenaje a su memoria.

Muguruza terminó su formación de arquitecto en 1916, a los veintitrés años. Prodigioso dibujante, discípulo de la primera promoción que yo traté en la Escuela, demostró también ingenio y condiciones extraordinarias en

la composición, que el profesorado premió con aquella calificación de «Sobresaliente», que han alcanzado muy pocos.

A partir de tal momento, la obra del joven arquitecto se desarrolló rápida y brillante. Basta citar solamente sus principales creaciones de tan variado asunto y siempre acertada solución. La gran estación de Francia, en Barcelona, problema de disposición y circulación complicadas. La casa de la Prensa, en la Gran Vía, de Madrid, con un programa complejo, resuelto en elegante arquitectura. Numerosas casas particulares, siempre con el sello del buen gusto, entre las que merece destacarse aquella fachada de la plaza de Rubén Darío, con temas del plateresco complutense.

Planes de urbanización como los de la playa de la Victoria, de Cádiz; la de San Juan, de Alicante, y el ensanche de Fuenterrabía, juntamente con los que dirigió para nuestra zona de Marruecos y la de ciudades españolas desde la Dirección General de Arquitectura; y alternando la penosa redacción de informes y peritajes con

la grata emoción creadora de monumentos y proyectos para concursos y exposiciones, de donde surgieron premios y encargos.

Hay un aspecto de la obra de Muguruza que importa destacar: el que se refiere a la restauración de monumentos, entre las que fué su predilecta la de la Casa de Lope de Vega, que la feliz iniciativa de la Real Academia Española, sin más antecedente que la certeza de autenticidad, le confió para volverla a su primitivo estado. Deliciosas horas las empleadas por el arquitecto de fina sensibilidad en encontrar la cierta distribución de aquellas salas y cuartos, donde el Fénix escribió y murió; en poseer las huellas y volver a trazar el minúsculo jardín que el poeta cantó como uno de sus grandes amores. Esta restauración de la casa de Lope, objeto de malogrado discurso académico, es un modelo de composición y respeto al carácter de una vivienda histórica.

En otro discurso académico instaba yo a los jóvenes arquitectos a manifestar la interpretación auténticamente española del estilo misional en Norteamérica, en auge entonces y en manos ajenas a la verdadera raíz tradicional. Pedro Muguruza tuvo ocasión de hacerlo cumplidamente trazando los proyectos del hotel Alba, de Palm-Beach, en La Florida, y los de Mr. Harriman, en Port-Washington, y de Mr. Georges Moore, en California.

Trabajo que le inmortaliza es el desarrollado en la reforma y adaptación de las nuevas salas del Museo del Prado. Del modo como respetó y se identificó con la arquitectura de Villanueva es la nueva escalera, que parece trazada por el propio maestro neoclásico, y donde el Patronato de dicho museo colocará una lápida que perpetúe tan magnífica labor.

Interés particular ofrecen todas y cada una de estas obras, que, en resumen, nos presentan a Muguruza como un arquitecto de fondo y formación clásicos, con una recia y noble modalidad, a la manera de nuestros maestros del segundo Renacimiento: claridad en la composición, acierto en el juego de proporciones, pureza y corrección de perfiles, bien ordenada y adecuada ornamentación, que tanto debió a sus condiciones de gran dibujante, permitiéndole sus facultades extraordinarias otras varias manifestaciones que no modifican aquellas características, nunca abandonadas, ni aun en sus escasas y prudentes incursiones por el campo de las nuevas doctrinas.

Aptitudes artísticas naturales tan prodigiosas, puestas al servicio de una gran voluntad y acompañando al dominio, cada día creciente, de su técnica constructora, no podían dejar de utilizarse en la disciplina docente, para la cual poseía Muguruza condiciones de verdadero maestro. Y así fué, en efecto, ya que pocos años después de su salida de la Escuela volvía Muguruza a entrar como profesor, según magníficas oposiciones. Su eficaz labor pedagógica queda probada en excelentes discípulos, que hoy lloran su pérdida. La Escuela de Arquitectura, que hace meses vió con dolor derrumbarse la figura del gran maestro, ha perdido uno de sus miembros más preclaros y queridos.

Durante la guerra de liberación se consagró con enorme entusiasmo al servicio de la Causa, dirigiendo inteligentemente la recuperación del esparcido tesoro artístico nacional. Muchos compañeros recordarán cómo siguiendo a las columnas militares, compartiendo sus fatigas, e inmediatamente después de la ocupación de pueblos y ciu-



S. E. el Generalísimo Franco y su esposa, acompañados por don Pedro Muguruza, en sus primeras visitas al Valle de los Caídos, en Cuelga Muros.



Apunte de Pedro Muguruza para la Cripta del Valle de los Caídos

dades, poniendo en peligro muchas veces su vida, recogía y ordenaba, con auxiliares eficaces, importantes objetos de aquel tesoro, y salvando monumentos.

La profesión tiene que agradecer a Muguruza otro aspecto de su actividad: Cuando, en 1938, me dió a conocer su proyecto de crear la Dirección General de Arquitectura, pude apreciar lo importante y oportuno de su pensamiento, encauzando tantos problemas profesionales en alto y beneficioso sentido. En la madurez de su talento y en la plenitud de sus facultades, con un gran prestigio en el nuevo Estado, Muguruza renunció entonces a todo cuanto significaba provecho propio para consagrarse al de la colectividad. Y eso fué posible porque no conocía dos pasiones que explayan y estimulan muchas empresas humanas: la ambición y la vanidad.

Dando forma a una gran idea del Jefe del Estado, con-

sagró Muguruza su talento en los últimos años al Monumento del Valle de los Caídos. Preocupaciones y esfuerzo físico por sacar adelante obra tan colosal, precedieron su enfermedad, larga y penosa, que la abnegada solitud de su esposa ayudó a soportar con fortaleza y esperanza.

Arquitecto genial, compañero simpático y bondadoso, discípulo agradecido, maestro generoso, amigo fraterno, académico insigne, su recuerdo perdurará entre nosotros como el de un artista dotado de insuperables condiciones, autor de obras bellísimas, y digno, por sus cualidades personales, de un final de vida más feliz. Dios, al llamarle a su seno, habrá premiado tantos méritos, tantas virtudes y sufrimientos. ¡Descanse en paz!

MODESTO LOPEZ OTERO, *Arquitecto.*